

Ediciones de "La Revista Blanca"

	Rústica	Pá.
FUERZA Y MATERIA, Luis Bückner . . .	2'25	3'25
PROBLEMAS TRASCENDENTALES, por F. Tarrida del Mármol	2'—	3'—
EL AUTODIDACTA, Han Ryner	1'75	2'75
LOS GRANDES DELINCUENTES, Fed- erico Urales	1'—	2'—
LAS GRANDES CORRIENTES DE LA LI- TERATURA EN EL SIGLO XIX, George Brandés. Tomo primero, 3 ptas.; tela, 4 psetas; tomo segundo, 4 ptas.; tela, 5 ptas.		
LAS DIOSAS DE LA VIDA, por Soledad Gustavo	1'—	
JUAN SIN PAN, Adrián del Valle	1'—	
PENSAMIENTOS REVOLUCIONARIOS, Nicolás Estévez	1'—	

COMBINADOS

EL AVENTURERO DE AMOR y NAU- FRAGOS.	4'75
LA VICTORIA y EL HIJO DE CLARA. . .	4'75
LA MULATA SOLEDAD y LA INDO- MABLE	3'—
CANTIGA DE MONTAÑA, FLOR DESHO- JADA y LA INDOMABLE	4'—
CANTIGA DE MONTAÑA y FLOR DES- HOJADA	3'—
LAS MARTIRES y CANTIGA DE MON- TAÑA	3'50
RENACER y VICTORIA	4'75
EL AVENTURERO DE AMOR y EL IN- GENIOSO HIDALGO.	4'—



EL ÚLTIMO DISCÍPULO Por MANOLITA GUTIERREZ
NÚM. 414 AEP - CDHS 20 CENTIMOS
BARCELONA

llester. — 221. *El celoso*, de Andrés Ramos Alvarado. — 222. *El supremo placer de los dioses*, de A. Fernández Escobés. — 223. *El alma de la barriada*, de Joaquín Sierra. — 224. *La mujer que huía del amor*, de Federica Montseny. — 225. *Supo vengarse*, de Manuel P. de Somacarrera. — 226. *La rapaza del pradal*, de Mauro Bajatierra. — 227. *El aventurero sin ventura*, de Federico Urales. — 228. *La propia obra*, de Ricardo Peña. — 229. *Vidas humildes*, de María del Amparo Borrás. — 230. *Del monte a la llanura*, de Lázaro Brocal. — 231. *El batelero*, de Angela Graupera. — 232. *Una historia triste*, de Federica Montseny. — 233. *El otro padre*, de Diego Ramón. — 234. *La señorita de compañía*, de Rosario Montes. — 235. *La fuga de dos enamorados*, de Federico Urales. — 236. *Tavi, la india*, de José M. Vilariño Guilló. — 237. *El hijo del camino*, de Antonio Maymón. — 238. *Supervivencia*, de A. Fernández Escobés. — 239. *El dolor del pueblo*, de Antonio Guardiola. — 240. *Sacrificio*, de Lázaro Brocal. — 241. *Un Club de mujeres fatales*, de F. Aláiz. — 242. *Nocturno de amor*, de Federica Montseny. — 243. *La alcaldesa de X*, de Ramón Cortés. — 244. *La de mi desgracia*, de Federico Urales. — 245. *El hijo*, de Dora Ferré. — 246. *Sembrando ideas*, de Valentín Obac. — 247. *El soto del cerezal*, de Regina Opisso. — 248. *En la cárcel*, de Manuel Herrera. — 249. *Reflejo de Dios*, de A. Fernández Escobés. — 250. *Ley de amor*, de Lázaro Brocal. — 251. *El amor que pasa*, de Federica Montseny. — 252. *Las amapolas*, de Federico Urales. — 253. *Los viejos*, de Angela Graupera. — 254. *El desquite*, de Miguel Rivas. — 255. *Las montañas de Bohemia*, de María Solá. — 256. *Resurgimiento*, de Pedro Mas de Valois. — 257. *El alma de la campiña*, de Mauro Bajatierra. — 258. *La venganza de una mujer*, de Regina Opisso. — 259. *Mamá postiza*, de A. Fernández Escobés. — 260. *Una amazona*, de José Gardeñas. — 261. *Servidumbre*, de Valentín Obac. — 262. *El único juez o la conciencia de uno mismo*, de Laureano Artigas. — 263. *¡Qué fuerte es el amor!*, de Máximo Hamleton. — 264. *El fantasma*, de Lázaro Brocal. — 265. *Sor Luz en el infierno*, de Rosario Montes. — 266. *La aurora*, de Juan Gallego Crespo. — 267. *La tragedia de Pepita*, de Federico Urales. — 268. *Un hombre*, de Federica Montseny. — 269. *El sin trabajo*, de Fernando Gispert Boix. — 270. *Historia de una gran mujer*, de Arturo Llorens. — 271. *Deuda pagada*, de Miguel Rivas. — 272. *El San Martín de Basquiñas*, de Román Cortés. — 273. *El despertar*, de Angela Graupera. — 274. *Cuando el amor es delito*, de A. Fernández Escobés. — 275. *Reina de la belleza y del*

LA NOVELA IDEAL

AÑO X

II JULIO DE 1934

NÚM. 414

Manolita Gutiérrez

El último discípulo

DOCUMENTACION

HISTORIC - 541

«LA EVOLUCION DE LA FILOSOFIA EN ESPAÑA», POR FEDERICO URALES

Acaba de ponerse a la venta el primer tomo de esta trascendental obra, la de más estudio y enjundia que ha publicado su autor. Precio: 2'50 pesetas.

La obra se compone de dos tomos, y el último aparecerá el próximo agosto.

PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»

Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37

Teléfono 51780 - Barcelona

01625

Se sirven colecciones completas encuadernadas y en números sueltos, y se ruega que al hacer los pedidos de novelas atrasadas, se hagan por sus números y no por sus títulos.

Precio de subscripción: Un semestre, 4'70 pesetas.

• • •

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ:

ALMAS LIBRES

DE VALENTIN OBAC

ANA MARIA

Así se titula el volumen número 13 de *La Novela Libre*, debido a la pluma de Federica Montseny.

Se trata de una bellísima narración novelesca, en la que se describe la vida y la muerte de una mujer interesante y extraordinaria, con la emoción y la maestría propias de la autora de *La Victoria*.

Ana María es una de las mejores producciones de Federica Montseny, por la intensidad dramática del argumento y el arte literario demostrado al desarrollarlo.

Suscripción semestral: 3 ptas. Número suelto, 50 céntimos.

IMPRESOS COSTA, Nueva de la Rambla, 45.—Barcelona

AEP - CDHS
BARCELONA

I

Una oleada rápida de aire que penetró por la ventana abierta del colegio arrebató, llevándose tras sí, el papel en el cual dibujaba Carlitos. Al apercebirse éste, en un sobresalto se levantó rápido de su asiento y, cerrando los puños, que descargó sobre el pupitre, exclamó cólerico:

— ¡Qué rabia! Maldito viento. Se me ha llevado mi casa... ¡Qué malo el que lo hizo; no hace más que daño!

Al oír esto se acercó cautelosamente el maestro, envolviéndolo en una mirada benévola, y poniendo una mano sobre su hombro le dijo:

— ¿Por qué dices todo eso contra el viento?

— Porque me ha arrebatado la casa que dibujaba — contestó persistente.

— Estabas distraído. ¿Por qué no sujetaste el papel?

— Las casas de verdad están sujetas a la tierra y también se las lleva — contestó el niño.

El maestro, acariciando la cara de éste y dirigiéndose a otro compañero, le dijo:

— Ven, Vicente. Cuéntale a Carlitos todo lo que sabes del viento.

— El viento — comenzó diciendo el aludido — es un movimiento del aire que se traslada de un sitio a otro, siempre en dirección fija. Por eso unas veces sopla de un lado y otras de otro. Debido a esto, ocurre que en muchas ocasiones se cruzan y forman esos remolinos que nos sorprenden al doblar una esquina. ¿No te ha pasado eso alguna vez? — preguntó éste al que escuchaba, haciendo una pausa en su narración.

— Sí — contestó el interrogado.

— Luego, ¿te das cuenta de que el viento no lo hizo nadie y de que existe por una ley natural enlazada con todas las otras cosas de la tierra?

— Sí — dijo el muchacho, conformándose —. Pero, ¿por qué tira los edificios?

— ¿Quién de vosotros sabe dar satisfacción a Carlitos? — preguntó el maestro.

— Yo — contestó uno, que empezó por decir: — El

viento, tomando esa forma, es una violenta alteración, como nosotros la tenemos física. Y sin aire es sabido que no podríamos vivir, ni oíríamos los sonidos. Así que el viento, que unas veces destruye, por otra parte beneficia siempre, porque purifica la atmósfera y atempera el calor. Además, lleva la brisa húmeda del mar a las regiones áridas, favoreciendo así la vegetación.

— Está bien — dijo el maestro mientras, sentándose en grupo con ellos, intervino en la conversación diciendo: — El viento destruye los edificios que ha construido el hombre, pero, en cambio, ¿quién de vosotros sabe el provecho que éste saca de la inmensa fuerza que arrastra el viento? ¿No habéis visto los barcos de vela? ¿No os acordáis del viaje imaginario que hicimos el otro día y lo que os expliqué de cómo hizo Colón el viaje en el cual descubrió el nuevo continente?

— Sí, sí — dijeron todos a una.

— Pues todo eso se debe al viento. Además, están los molinos, que ya sabéis muelen al compás de éste. Y para que no falte nada a esta imprevista lección de física, porque, sabedlo, el hombre no ha de perder nunca el momento propicio que le brinda la circunstancia para la investigación y la causa de cuanto le rodea; pues, como decía, para que no le falte nada, ¿a ver quién de vosotros sabe en qué dirección sopla el viento?

Hubo una pausa larga. Todos se asomaron a las ventanas y siguieron indecisos, hasta que uno, atrevido, dijo:

— Viento Norte.

— No — contestó el maestro —. Para ser Norte, vendría de aquel otro lado. Además, que es un viento helado y se os hubieran puesto todas las narices, que tenéis afuera, coloradas.

Esto les fué motivo de risa, tras lo que dijo el maestro, asomándose también a la ventana para mejor imitar a sus discípulos:

— Vamos a ver qué viento sopla. Viento Sudoeste, o sea entre el Sur y el Oeste. Carlitos — dijo acto seguido —, ¿cómo habías hecho tu casa? Dibújamela a grandes rasgos otra vez.

Y mientras éste hacía lo dicho, aguardaron los demás, esperando ansiosos un nuevo descubrimiento.

— ¿Ya está?

— Sí. No me ha salido bien igual, pero tiene lo mismo que tenía la otra.

El maestro la tomó y, enseñándosela a los demás, dijo:

— ¿Qué os parece que falta en ella?

— Una ventana — dijo uno.

— No. Se refiere a lo que estábamos hablando.

— ¡Ah! Ya sé — intercedió otro —. Una veleta que marque la dirección del viento.

— Eso es. Muy bien, Pedrito, muy bien. Y... ¿no falta nada más? Tú que eres aficionado a los inventos, piensa en lo que ha hecho la Humanidad. ¿No aciertas? — dijo, esperando unos momentos en medio de una suspensión general —. ¡El pararrayos, hombre!

— ¡Ah! Sí — dijo Pedrito, avergonzado de sí mismo —. Lo inventó Franklin. Este invento consiste en una varilla que ha de acabar en punta y ha de tener comunicación con la tierra para dar salida a la electricidad que contiene el rayo.

— ¿Ves como lo sabías? — le dijo el maestro cariñosamente —. Es que no te acordabas. Pero, como sabes muchas cosas más y estás muy orgulloso de tus trece años, nos vas a contar los adelantos y la ciencia que ha adquirido el hombre durante los dos siglos últimos.

Entonces Pedrito comenzó diciendo:

— Así como antes se navegaba a merced del viento, hoy se va a vapor en grandes y magníficos transatlánticos. Se inventó el teléfono. Después, la telegrafía sin hilos, la cual evita muchos naufragios. Asimismo, la fotografía, la máquina del tren, los aeroplanos, etc., etc. Se han sacado innumerables beneficios de la electricidad. El hombre ha descubierto manantiales, verdaderos tesoros metálicos que ha extraído de la entraña de la tierra. Mucho antes de estos últimos inventos, se dió a conocer el de la imprenta.

— Magnífico — exclamó el maestro —. Ahora dime: esos hombres que consagraron su vida al estudio, ¿sus experimentos los dieron a gozar a sólo su raza?

— No. Se beneficia el Universo entero.

— Luego las cinco razas son igualmente queridas por los hombres de ciencia?

— Sí.

— Entonces, hijos míos, escuchadme unos instantes: siempre que nombréis la ciencia, venerad a los hombres que dieron su vida por los hombres y decid siempre que la ciencia es libre y lo más sagrado de nuestra existencia, porque sienta las bases de la igualdad entre los hombres. No olvidéis nunca que los hombres deben amarse y protegerse por encima de las razas y las negras historias de cada país.

Por hoy no os canso más. Otro día hablaremos del sol, y para confirmar nuestras teorías iremos a ver su nacimiento sobre el mar.

II

— Cuando yo sea mayor, quiero ser aviador, y, mirad, iré por los aires haciéndolo así: ¡trurr...!, mientras vosotros me estaréis mirando desde abajo con la boca abierta...

— ¡Ay, tonto! ¿No has oído lo que ha dicho el maestro? Que había un ejército... Tendrás que ser soldado. Irás a la guerra y un aeroplano enemigo te bombardeará el tuyo. Yo, al contrario que tú, quiero ser médico.

— Yo — intervino otro —, mi padre dice que soy muy pequeño todavía para saber lo que quiero; pero yo ya lo sé, ya... Quiero ser de esos que descubren el cielo.

— ¡Ah! Ya sé — contestó Pedrito —. ¡Astrónomo!

— Sí. Eso, eso — contestó el otro niño, saltando de entusiasmo.

— Y tú, Pedrito, ¿qué quieres ser?

— A ese no se lo preguntes. Ya se sabe: maestro, como don Elías. ¿No te has fijado en lo que el maestro se interesa por él?

— Bueno; pero debe ser que, como es mayor y sabe que le gusta ser maestro, lo está preparando...

— ¡Mayor, mayor...! — contestó aquél restando importancia a las palabras del que le hablaba —. ¿Cuántos años tienes?

— Trece.

— Yo tengo doce. Lo que pasa es que el maestro te quiere mucho y tú también le quieres.

— Sí que es verdad. Pero vosotros no tenéis por que sospechar que me quiera más a mí, porque nunca hace diferencias entre nosotros. Además, que no es cierto que me quiera más a mí... A todos nos quiere igual.

— Pero tú le quieres demasiado.

— Es verdad. El maestro vale mucho y es muy bueno. Por eso le quiero tanto. Ayer dijo que le prometamos no ir a la guerra, y yo no iré.

— ¿Y si te lo mandan?

— No. Porque dejando de ser soldado no se va. Y después también ha dicho que tenemos que querer a la humanidad por encima de todo, y para esto no tenemos que obedecer a los que no la respetan. Así que tenemos que ir en contra de la guerra y el Estado.

— Sí, pero en contra de tu padre no podrás ir. Porque el maestro nos tiene dicho que fuéramos en contra de la cárcel, en la que sólo se aprende a odiar. De seguro que no sabe el maestro que tu padre es el carcelero, que sí no... De manera que tú no puedes hablar

como nosotros, porque vives donde se martiriza a los hombres.

— Y otra cosa — agregó otro —. No podrás ser maestro como don Elías, porque los alumnos se te reirán cuando les hables de estas cosas y sepan que tu padre fué carcelero. Si don Elías supiera que tú vives de lo que tu padre gana con el sufrimiento de los demás, ya veríamos si te haría tanto caso.

— Mi padre no es malo — interrumpió Pedrito, sollozando.

— Pero priva de la libertad a los hombres que tanto la necesitan. Si no, pregúntaselo a don Elías, y ya verás lo que te responde.

La congoja le oprimía la garganta. Aquella acusación le parecía derrumbar todo su mundo de ilusiones. Ya no podía ser maestro y, lo que era aún peor: su padre era objeto de la burla y del desprecio de sus amigos. Don Elías ya no le tendría aquel cariño paternal que tanto le halagaba. Dejaría de ser su Pedrito.

Y ante estos pensamientos que le atormentaban, el niño rompió a llorar desconsoladamente, dando lugar a que el maestro se diera cuenta de ello y que interviniera diciendo:

— ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras, Pedrito? — y viendo que éste continuaba envuelto entre sollozos y sin moverse, se acercó y, levantándole la cabeza y acariciándole el rostro, siguió preguntándole con extrema ternura: — Vamos, serénate. ¿Por qué lloras?

— Es que... — se atrevió a decir uno de ellos — Jaime le dijo que no podía hablar como nosotros, porque su padre es el carcelero del pueblo. Y como usted nos ha dicho que teníamos que ir contra la cárcel y el Estado... pues por eso llora.

— Habéis hecho mal con decirle eso. ¿No véis el sufrimiento que tiene? — y volviéndose a Pedrito, trató de consolarle diciendo —: ¡Bah! No llores más. Tu padre no es malo. Ahora escuchadme vosotros bien: el padre de Pedrito es un hombre bueno, pero que vive equivocado. Es hijo de la sociedad actual. Es una consecuencia del sistema en que vivimos. Además de esto, tened presente que se trata de un hombre ya anciano. Os dije, y os lo vuelvo a repetir, que fuerais contra la cárcel. Suprimiendo ésta, huelgan los carceleros y todo cuanto con ella se relaciona. Vosotros, como Pedrito, sois ajenos a esta injusticia y a este medio ambiente; y para que no os hundáis en él es por lo que os hablé así, para que yendo en contra del Estado forméis la vida que os pertenece. De manera que de vuestra actitud

BP - CDHS
BARCELONA

depende el resultado de esa vida hasta hoy desconocida que sólo a vosotros os está encomendada por placentera e igualitaria. ¿Compredeís ahora?

— Sí — respondieron todos a una.

— Pues entonces a no pensar más en lo ocurrido, y a casa, que ya tenemos la hora de marchar.

III

El maestro se había quedado solo, cuando, de pronto y violentando el silencio en qué quedó sumido don Elías, se abrió la puerta de la clase, por la que decididamente apareció una joven de agraciado porte y ademán resuelto.

Contaría unos veintitrés años, era alta, esbelta, cuyas líneas extremadamente suaves dábanle una distinción insuperable. Sus hermosos ojos negros reflejaban en su rostro una juventud radiante de vida, así como los rizos negros que en gracioso desorden caían sobre sus hombros, dándole un encanto supremo, deliciosamente femenino.

— ¿Da su permiso? — fué la primera palabra que se la oyó decir.

— Sí, adelante — replicó el maestro dirigiéndose atento hacia ella, mientras decía, extendiéndole una mano: — Señorita Matilde... ¡Cuánto honor!...

Esta, simulando no darse cuenta, dejó de ofrecer la mano que se le pedía a la par que replicaba:

— Vengo, don Elías, a formularle una queja.

— ¿Una queja de mí? — preguntó el profesor, extrañado.

— Efectivamente. ¡De quién iba a ser!...

— Le prevengo que no sé en qué la haya podido molestar, señorita Matilde — volvió a contestar, sorprendido, él.

— A mí directamente, no. Pero sí a la misión que nos ha sido encomendada en materia de pedagogía. No debió usted olvidar nunca que el producto y hasta la conciencia del niño es obra del profesor o de la maestra.

— Créame sinceramente que no la entiendo — insistió, asombrado, don Elías.

— Quiero decir, y es a lo que vengo, que sus niños observan una conducta y un sentido de educación tan descabellados, que perjudican por completo la educación que mis niñas reciben. Esta mañana, precisamente, he sorprendido una conversación entre ellas, en la cual poníase en duda la existencia de Dios y se ofendía a la religión y al concepto de la patria y del Estado. Creo

que los niños, para llegar a constituirse en sociedad, no deben odiarse, sino aprender a amarse, cosa imposible cuando se les borra la figura grandiosa del amor que es Dios y el sentido cívico que es el deber de todo buen patriota.

— Todavía no sé yo si mis niños creen o dejan de creer en Dios y en la patria, porque mi misión es enseñar y, al contrario de usted, no imponer dogmas ni religión alguna. La religión la crearon los poderosos porque ésta manda a los pobres perpetua mansedumbre, cosa esta donde estriba la desigualdad humana. La patria — continuó diciendo el maestro — también se creó para establecer fronteras, y con esto la rivalidad de castas, y es por ese perjudicial sentido por lo que se justificaron todas las guerras habidas y cuantas páginas de sangre registra la Historia.

— Todo lo que usted quiera, pero hay que enseñar y hacer respetar la idea de Dios sobre todas las cosas habidas. Así se practica el bien.

— Creo que no se es bueno por temor, sino por sentimientos — respondió serenamente el maestro.

— De eso es de lo que creo que carece su enseñanza — respondió agresiva la profesora.

— Todo pudiera ser, señorita Matilde. Lo que sí debo decirle es que de ninguna manera supeditaré mis funciones de maestro a las exigencias de conveniencias particulares ni a la rutina como método de enseñanza. Por este procedimiento pedagógico se hacen excelentes autómatas, pero nunca se consigue llegar a la formación de seres útiles a la Humanidad, que es precisamente la sagrada misión que nos vemos obligados a desempeñar.

— Sí, precisamente esas son las teorías en qué se basan todas las incapacidades — contestó ella despectivamente.

— Es posible que tenga usted razón. Estoy plenamente convencido de la pequeñez de mis conocimientos; sin embargo, quisiera hacerla comprender los buenos propósitos que animan la misión que desempeño. Yo, señorita Matilde, me siento incapaz de saber todo cuanto es necesario enseñar en provecho de los hombres y de los niños. ¿Pero qué he hacer? Convencido del grado superlativo de mi ignorancia, practico mis funciones de maestro con el consuelo que da el saber que realizo una pequeña obra de sana capacitación que la conciencia corrompida de los sabios se niega a llevar a feliz término.

Al llegar aquí, se hizo un breve silencio, en el que ambos se miraron. Ella, algo sofocada, calló de pronto

quizá al comprender que se había excedido, mientras que él la envolvía en una mirada inteligente y una sonrisa de bondad.

Matilde, al verse enfrentada ante aquella admirable firmeza, ante aquel rostro risueño e invariable, sin el menor detalle de alteración y ofensa, se sintió sola, tuvo vergüenza de sus anteriores palabras, miedo de encontrarse con los ojos de don Elías, que le pareció recorrían su cuerpo para juzgarla, y bajó la vista confusa y atormentada.

«El rompió este silencio, que medía la distancia entre los dos, y dijo:

— Me satisface su juventud, el ardor con que defiende usted sus creencias... Se conoce bien que mecieron su cuna de bien niña.

— ¿La suya no? — preguntó a su vez la maestra con curiosidad.

— Sí, pero, ya adolescente, pertenecía a la filosofía experimental. Estudié, lejos de la Universidad, el cerebro y el corazón del niño, y desde entonces aborrecí el método, la imposición, el sistema, el dogmatismo. Son venenos que se vierten sobre el corazón de las criaturas, atropellos bárbaros a su precoz inteligencia.

— ¿Así su enseñanza es de capricho? — preguntó irónica la joven.

— No, de iniciativa propia. El mejor libro es la vida. La mejor enseñanza, la que el niño adopta a su temperamento y a su gusto. La exclusiva misión del maestro es conservarle libre como ha nacido, y para eso es necesario desterrar el viejo y anticuado método de enseñanza que se sigue.

«Para que los pequeños adquieran esa personalidad y se formen una conciencia, es necesario no verter sobre ellos conceptos inconcretos sobre religiones más o menos aceptables; hacer de la enseñanza un conjunto de cosas experimentadas, de hechos precisos, de cosas reales, de deseos, de investigación y satisfacción al mismo tiempo... Hacer que el niño vaya al estudio, que satisfaga su curiosidad en la escuela.

— No obstante — volvió a decir ella —, sus niños asimilan sus creencias, y en este caso no son libres, porque usted los sugestióna.

— No lo crea. Yo jamás impongo mis pensamientos ni mi juicio a los alumnos. Todo lo que aprenden lo consiguen por medio de espontaneidades y deseos de investigación. Yo me limito a exponer toda cantidad de pruebas existentes en cada exposición de hechos. Por eso considero que toda enseñanza debe ser un conjunto

de realidades sobre cosas útiles que alejen de la mentalidad del niño cualquier indicio de nefasta sugestión.

— Para eso no se necesita que sus discípulos aprendan a odiar al Estado, a las leyes y a no pocos semejantes suyos.

— También creo que se equivoca en esto que dice. Yo me concreto a exponer a los niños las diferentes funciones y lo que representan lo mismo el Estado como otra cualquiera institución. Ahora bien, si el origen para que fueron creadas ciertas instituciones es desagradable y hasta repudiable a los sentidos del niño, acúcese a la irregularidad del sistema más bien que a la enseñanza que les doy.

«Sigo creyendo — agregó don Elías — que para distinguir el bien del mal es preciso conocerlo, y me limito a exponerlo a la consideración del alumno para que por su libre albedrío se forje una cultura y adopte una posición que le separe de lo malo y le haga aceptar lo que por su naturaleza le convenga.

«He ahí cómo se comprende la verdadera independencia moral del hombre y cómo, al seguir el ritmo libre de la Naturaleza, declara por sus actos y costumbres el respeto mutuo y el amor a la especie a la cual se debe.

«Por este procedimiento es cómo nuestros hombres del mañana llegan a sentir vocación por la Ciencia, que es la expresión más portentosa que satura de amor a los seres y les aconseja vivir en fraternal comunidad.

«La Naturaleza es la suprema razón, la verdadera igualdad en la justicia. Por ella se aprende a desistir del mal, porque vive ausente de la desigualdad social, de lo anómalo de las normas y de las cadenas que arrastran vidas enteras de padecimientos.

— Presiento que se aparta usted con su enseñanza de las obscuras concepciones de sus alumnos — replicó, por decir algo, la joven, que parecía haber cambiado su actitud y severo gesto de antes.

— No, señorita, por cuanto me limito a presentar ante la inquieta visión del niño las inciertas imágenes que nos ofrecen las religiones civiles y eclesiásticas, expresiones de un mundo desorganizado que a través del tiempo las irá concibiendo con transparencia meridiana.

«El niño posee una sensibilidad exquisita, un sentimiento de amor profundo, una inocencia que es todo bondad y un instinto de investigación sorprendente. ¿Por qué engañarle con falsas leyendas de cosas nocivas que han de dañar para siempre su tierna inteligencia?

— No sé cómo enjuiciar todo lo que me ha expuesto — dijo la joven profesora un tanto nerviosa —. Lo que

sí me atrevo a afirmar es que, apartando todo cuanto haya de utilidad en su enseñanza, existe algo en ella que encierra un oscuro presagio.

— Todo puede ser. Si esto fuera así, debería a los pocos imitadores que tiene el sistema de enseñanza que practico.

— Tal vez sea por eso — objetó la joven, en un ademán de despedida.

— ¿Se marcha usted?

— Sí; mi visita la considero terminada. Ya le dije a lo que venía.

— Crea usted, señorita Matilde, que lamento no ser disculpado por la falta que cometo y que ha motivado la formulación de esta queja.

— Por las explicaciones que se ha servido darme, le disculpo moralmente, pero sigo lamentándome de lo inadecuada que resulta su enseñanza. Usted lo pase bien, don Elías — terminó diciendo ella, mientras le daba la mano al profesor, que se la estrechó diciendo:

— He tenido una gran satisfacción al hablar con usted.

Y, dicho esto, la joven se dirigió a la puerta, por donde desapareció, mientras que el profesor la seguía con la vista, un tanto pensativo.

IV

Don Elías, como le llamaban por el pueblo, contaría unos treinta y dos años. Tenía en sus ojos castaños una expresión tal de inteligencia y bondad que, junto con sus acciones, habían establecido en torno suyo el respeto y el cariño que se le profesa a un superior reconocido como padre de los niños. Y, en efecto, sentía hacia éstos un cariño sin límites.

Había abrazado la carrera del magisterio por vocación. Desde jovencito, al pasar por la Universidad, había visto la inteligencia del niño asimilada en cada asignatura, y como consecuencia, después de reconocer el esfuerzo inútil perdido tras la teoría, buscaba el ejemplo.

Ese fervor secreto que había conservado en su corazón hacia las criaturas había hecho de él un gran pedagogo. Conocía todas las sensaciones, las alegrías, las tragedias ocultas del alma infantil. Sabía, moralmente, todo lo que representaba para el niño robarle una ilusión; intelectualmente, mandarle callar sin satisfacer las curiosidades especulativas que en el niño se manifiestan. Se atenía a la máxima de «cuando un niño

protesta, no le riñáis; dejadle que busque la razón».

Idealista apasionado. Optimista y sencillo por temperamento. Desde la época de sus estudios había en sus sueños una escuela dirigida por él. Pero a medida que se posesionaba más de la vida, buscaba la escuela única y libre, en la que no rigieran más leyes que la de la Naturaleza, más predominio que el de la razón, más doctrina que el amor ni más culto que el de la ciencia.

Y al luchar espiritualmente buscando este ideal, que estaba en pugna con el sistema de sus estudios, que querían hacer de él un hombre metódico y un incapaz asalariado, estudiaba, estudiaba sin cesar, no en los libros, en la vida propia, en el desarrollo intelectual y moral del niño.

La finalidad de sus conocimientos era estudiar para más tarde venir con el corazón abierto y derramar todos sus esfuerzos, todas sus privaciones, su saber y su ternura paternal para aquellos que constituían la razón de su vida: los niños.

Había llegado a quererlos tanto porque comprendió la infelicidad de los hombres, la negra y eterna orfandad intelectual que padecen, el yugo religioso, no simplemente en lo que se refiere a la Iglesia, sino a su esencia: Dios, haciéndolos cobardes; la carencia en ellos absoluta de conciencia, la mansa resignación al ser gobernado, las bajas pasiones que se alimentan con el nombre de «fuero patrio», los horrendos e infinitos crímenes que cometen los hijos de las masas cuando se dice «guerra». La miseria que engendra en ellos la avaricia del metal, tras la que nace esa cadena interminable de traidores, esclavos todos de una sociedad sin escuelas, en donde se prostituyen todos los sentimientos nobles de amor que nacen con el niño.

Había visto todo esto en los hombres y había llorado en silencio por ellos la desdicha de veinte siglos.

De ahí el inmenso cariño que profesaba a sus pequeños o, como él decía, a sus futuros hombres. Y en sus momentos de meditación solía decir: «¡Pobrecitos niños! Desgraciadas criaturas que padecen el yugo religioso y el veneno patrio. Yo os salvaré, despertando vuestras conciencias y conservándoos libres, felices cual nacéis.»

Haría cosa de un año que había sido destinado a aquel pueblo como maestro de escuela del gobierno, pero esto no le impedía practicar la enseñanza racionalista, aunque por experiencia sabía que esto no era del agrado de los que viven del sudor de los demás.

Ciertamente su obra se propagaba. Los mismos dis-

cíbulos la llevaban al seno del hogar, de modo que cada hombre, directa o indirectamente, conocía sus doctrinas, habiendo establecido hacia él una veneración que era correspondida y sentada por su modestia y extrema sencillez.

Díríase que la sonrisa era eterna en su semblante. No tuvo nunca que recurrir a la severidad para establecer su respeto. Se le tenía esa veneración a que se hace acreedor un sabio. El silencio en que realizaba su obra alejaba de él la sensación del místico; más al contrario despertaba la admiración a sus firmezas, su equilibrio, su espíritu sereno, la firme voluntad del que sufre y se sobrepone a su dolor para que los otros conozcan sólo la felicidad que no han de dejarse arrebatar nunca. Por eso sonreía y señalaba perdonando los defectos. Para que vieran en él el hombre que encarnaba el origen de la futura sociedad.

Se había quedado en el colegio ordenando todo el material pedagógico; cambiando un mapa de su sitio en preparación, si las circunstancias lo permitían, para el día siguiente. Porque jamás una imposición debe turbar el ánimo del niño, como solía decirse.

Reinaba en la escuela un silencio absoluto, cuando de pronto unos golpes leves en la puerta, que se fué abriendo, permitió al profesor reconocer a los que llegaban. Estos eran cuatro hombres de aspecto rudo, expresión franca y ademanes respetuosos.

— Tengan la bondad de pasar — dijo el maestro, saliéndoles al paso.

Penetraron éstos, y al encuentro con don Elías paráronse en medio del salón, empezando entre ellos la siguiente conversación:

— Ustedes dirán el objeto de tan agradable visita.

— Pues verá usted, don Elías — dijo uno de ellos —. Es el caso que nosotros, conocedores de su talento y de la sensatez de sus palabras, venimos a solicitar un consejo.

— Ustedes dirán. Yo, por mi parte, les confieso que todo cuanto les falte de valioso y que esté dentro de escasa sabiduría, lo encontrarán por parte mía con el mayor gusto y franqueza.

— Pues bien. Se trata — dijo el que habló antes — de exponerle a usted la penosa situación del jornalero campesino: el hambre, la miseria que nos azota cada día más y que nos hace la vida materialmente imposible. Esta es la situación que nos ha obligado a venir a molestarle.

— Hay — intervino otro — cuatrocientos obreros sin

jornal. La tierra no se trabaja y la miseria y la desesperación se ha apoderado de nosotros y nuestros hogares.

— Nosotros — dijo un tercero — *seamos* socialistas, porque nos metieron en la cabeza que, siendo esto, la tierra sería al remate nuestra. Pero *to* ha *sío* mentira. Lo que sí es verdad es que los que nos dejamos *toa* nuestra vida *amarrá* junto al surco de la tierra, nos hemos *dao* cuenta que *to* es una pamplina, que los socialistas nos han *engañao* y que en medio de *to* esto la culpa la tenemos nosotros por no habernos *dao* cuenta de que la tierra es nuestra y *na* más que nuestra.

— Efectivamente — intervino el que primero habló —. Nosotros pertenecemos al Partido Socialista. Somos elementos directivos del Centro que ya conoce usted hay aquí en el pueblo. Creímos en los que hoy son ministros porque no teníamos nadie en quien creer. El error ha sido funesto, y en estas circunstancias y no sabiendo qué actitud adoptar, es por lo que venimos a usted para que nos aconseje algo con respecto a nuestra futura actuación en los dos aspectos: en lo político y en lo económico.

— Hemos vivido dos años — intercedió otro — esperando ver transformarse en ley las palabras de nuestros dirigentes socialistas. Es más, nosotros teníamos plena confianza en ellos, puesto que se nos prometía conseguir lo que en derecho nos pertenece a condición de nuestra prudencia. Pero nada prácticamente remedia nuestra situación. Ni el actual Gobierno, ni nuestro partido en el Poder, ni la Reforma Agraria evitan que el hambre se apodere de nosotros y que la privación nos ponga en un trance de miseria insoportable.

— ¿Comprende usted, don Elías? — inquirió uno de ellos.

— Perfectamente. Había observado ya todo esto — contestó el interrogado —. ¿Pero qué van a hacer ustedes?

— Coger el camino más corto. Desoir a los que nos han venido engañando tanto tiempo. Tomarnos la tierra.

— ¿Están ustedes resueltos a hacerlo?

— Sí. Pero antes de poner esto en práctica nos ha parecido prudente conocer la opinión de usted.

— ¡Conocer mi opinión! — dijo un tanto pensativo el profesor —. Me parece esto un poco arriesgado. Ustedes son cuatrocientos hombres armados de razón contra otros tantos o más cargados de armas mortíferas. El choque entre ustedes y las fuerzas del Estado es cosa segura. Piensen que han de luchar con armas desiguales. Piensen asimismo que las fieras que se cobijan en

AEP - CDHS
BARCELONA

ese caserón llamado cuartel de la Guardia civil son los incondicionales defensores de los caciques y grandes terratenientes de este pueblo. No es que les quiera insinuar con esto que están ustedes en un error, no. Les asiste toda la razón, y lo que se proponen hacer es un acto de justicia. No solamente por las razones que me han expuesto de índole económica y política (cosas que nacen y mueren según circunstancias), es por una ley infalible, natural, ligada con el esfuerzo del hombre, retenida por la sana lógica de las cosas, que declara que la tierra, como todo cuanto existe encima de ella y que es patrimonio privado de unos cuantos, debe ser de la exclusiva pertenencia del que la trabaja.

«Lógicamente hablando, dos conceptos categóricos determinan la existencia; éstos son el hombre y la Naturaleza. Se pertenecen mutuamente. Posee aquél su constitución según su suelo; su temperamento se ha modelado en el clima. La vegetación crece según él, y la misma vegetación que vive por el esfuerzo constante del hombre, que pertenece a la Naturaleza igual que él, que representa sus energías vertidas sobre la tierra, su obra, ¿no establece definitivamente el derecho sagrado de la posesión del trabajo?

«Esta realidad ineludible ¿no niega esa ley de trapo que se atribuyen los usurpadores de poseer la tierra por haber nacido en ella?

«La tierra, si no se la trabaja, no debe poseerse, y si por el contrario así ocurre, se roba.

«Además, debo hacerles una afirmación que ustedes no deben olvidar ni un momento: la libertad nunca se dió porque es consubstancial en el ser humano, y si se ha llegado a carecer de ella, siempre el hombre está en su perfecto derecho de recuperarla. Porque la libertad es la vida, y la esclavitud, la muerte.

«Las luchas sordas y feroces que el hombre sostiene entre sí no son otras que la eterna rebelión, la perenne lucha de la libertad contra las leyes impuestas, contra los actos que niegan la Naturaleza y atentan contra la vida del hombre. Y esto ¿no lo niega la ciencia en todas sus manifestaciones, la civilización, las leyes actuales que rigen la existencia, todo lo eterno que duerme oculto aún en la imaginación del hombre, pero que se presiente llegar? Esto, repito, ¿no da derecho, perfectísima atribución a que el hombre tome su libertad a que vaya pereciendo en la esclavitud en que se encuentra?

«Por eso les decía que la tierra es de ustedes. Les pertenece por una ley y un principio de justicia que en nada se relaciona con las razones que acaban de expo-

nerme. No esperen que aquello de que se les despojó se les restituya de buen grado, pues es un gran error creer que por conducto de un gobierno, llámese como quiera, se pueda conseguir esto.

«Les he dado a entender que la libertad se toma con todas sus consecuencias, cosa esta que, como ustedes bien dicen, es el más corto y único camino.

— Pero parece que había puesto algún reparo — le contestó uno.

— No. Les decía que debían examinar sus medios y contar con las consecuencias.

— ¿Cree usted que éstas serán graves?

— Lo que me cabe decirles es que toda la razón está de su parte; que existe un cuartel de la Guardia civil; que si logran resistirse con esta fuerza, vendrán refuerzos a los que tendrán ustedes que hacer frente también; que se perderán algunas vidas y se agotarán otras entre infectas mazmorras; pero que, con todo y por encima de todo eso, habrán dado ustedes un nuevo ejemplo que no ha de perderse para llegar un día a la total reivindicación que tanto a mí como a ustedes nos son comunes.

— De manera...

— Unifíquense bien y no pierdan de vista que se lanzan a la conquista de una causa justa. Esto es cuanto les puedo decir.

— Pues nada. Nosotros consultaremos esto con los demás compañeros, y si lo ven bien iremos a ese movimiento con todas sus consecuencias.

— Mucha serenidad y sobre todo una inquebrantable compenetración entre ustedes. Ese es el mayor aliciente para la persecución de las grandes conquistas.

— Muchas gracias, don Elías — dijeron todos, despidiéndose de éste.

Se marcharon los cuatro hombres, y el profesor quedó pensativo con la mirada fija en la puerta por donde éstos habían desaparecido.

V

El campo ha perdido su habitual aspecto de desierto. Por las sendas y vericuetos que se entrecruzan por allí aparecen nutridos grupos de labriegos que, con la herramienta de trabajo al hombro, se dirigen a los lugares donde la tierra permanece abandonada e infecunda para roturarla, para hacerla producir.

Los honrados campesinos marchan contentos, porque

al fin van a obtener el beneficio tan necesario que del trabajo se saca para vivir. «La tierra, bien dice don Elías, debe ser patrimonio del que la trabaja. A eso vamos nosotros: a trabajarla, a fructificarla, a embellecerla y a que nos dé ella, que es nuestra madre, lo que todo el mundo nos niega: el recurso para sostener una vida que por sufrimientos y por hambre se nos va del cuerpo.»

Mientras que estos y otros comentarios se dejan sentir por boca de los campesinos, éstos se van internando en distintas direcciones por la extensa llanura, donde saben se encuentran los terrenos vírgenes de labores que les hagan frutecer.

Por fin la tierra va a ser la madre amantísima y pródiga que disparará con su germen bienhechor la tormentosa existencia de tantos desgraciados como van a ella. El corazón de su vasto cuerpo terrenal se abre para inocular torrentes de vida a los hijos que ella misma creó.

Los numerosos grupos de toscos labriegos que hanse esparcido por aquella llanura van posesionándose de las porciones de tierra que yacen abandonadas.

Las faenas de roturación están a punto de empezar. Los débiles brazos que aniquiló el hambre se sienten fortalecidos por la esperanza de un mañana que el trabajo invertido hará que sea beneficioso.

Súbitamente se siente trepidar la tierra por las pisadas atropelladas de los caballos que monta la Guardia civil. Parece que el campo hase convertido en un campo de batalla. La espesa polvareda que levantan las pisadas de los feroces brutos que irrumpen velozmente en distintas direcciones de aquellos lugares.

Los labriegos quedan unos momentos sorprendidos. Los guardias, en ademanes agresivos, dirigen los caballos hacia donde ven grupos de hombres. Hay quien, ante aquella situación violenta, opta por retirarse. Pero los más permanecen quietos, a la expectativa de lo que pase.

Prontamente se cruzan unos disparos entre algunos grupos de obreros y la fuerza pública, que ahora arremete con una furia salvaje. Se vuelven a repetir los disparos, y la confusión que entonces se promueve es enorme.

Se ha derramado sangre por parte de unos elementos y los otros. La gente ha huído vencida y humillada hacia el hogar, donde trata de ocultarse. Mientras tanto quedan sobre la fértil llanura unos cuantos muertos y heridos, producto de aquella jornada.

Las propiedades, aunque permanezcan abandonadas, a

pesar de no dejárseles dar fruto, han de ser sagradas. Quien por hambre y por derecho natural las toque, es un ladrón. Así lo quiere el código fundamental, que permite la existencia de los poderosos y del Estado.

VI

Se había quedado con el bordado en las manos, puesta la vista en un punto fijo como si persiguiera la imagen de una quimera en un insomnio febril.

¡Cuántas sacudidas se habían operado en su cerebro y en su corazón desde el último día que habló con él! Sentía algo así como si su infancia y adolescencia temblaran vacilantes como sombras en su alrededor, como si se desmoronaran sus estudios; los años que cursó en la Universidad y que sus libros, aquel montón de libros de texto que danzaban enloquecidos en su memoria, formaban una nube tenebrosa como si fueran a arrastrar su inteligencia.

Un torbellino de ideas, de preguntas, de razonamientos, le bullían en la mente, y ciega, con la vista extrañada, llevando ambas manos a las sienes, como buscando alivio, se levantó y, sin dejar su actitud, empezó un paseo lento y silencioso por el ancho salón del colegio.

«La vida, buscar la vida», se repetía. Esas fueron las palabras a que le inducía el maestro. «El mejor libro es la vida», había dicho él. «¿Y qué había sido de la suya?», se decía. Lo que los demás quisieron: una continuidad de cosas hechas. No obstante, podía darse por dichosa, según le habían dicho. No sufrió privaciones ni falta de cariño.

Su tía, la hermana de su madre, la había sustituido desde la edad de cinco años, en que quedó huérfana.

Le dió la carrera y atendió todos sus deseos mientras éstos estaban dentro de su moral.

La educación intelectual no pasó los límites del hogar. Se sentía más maestra porque veía a los niños bendiciendo la casa; por esto los quería como los suele querer una madre llena de prejuicios.

Era inocente porque ese dócil resultado, consciente de una educación impuesta y equivocada, la obligaba a serlo. Su tía había tenido suficiente cuidado en ocultarle el mal, y por este motivo jamás pensó combatirlo. Su vida se había deslizado tranquila pero monótona al lado de su tía.

No supo de los primeros sueños ni de los pensamientos audaces. Poseía esa nervosidad que, al estrellarse

con lo inmóvil, toma otro cauce y en forma de pasión se entrega por entero a lo que comparte su vida.

Por eso se entregó, inocente, con todo su corazón, al estudio y al sistema dogmático que concebía, sin enterarse de la deficiencia de que adolecía su enseñanza.

Conocía la cultura sin el espíritu libre que debe animarla. Así era ella: inteligente y culta, pero esclava de sus concepciones. ¡Pobre pajarillo preso que no aprendió a volar!... Y ahora llegaba un hombre que hundía su escuela y le brindaba una enseñanza preñada de ideas esplendorosas...

Por un lado le parecía que se hallaba ante un adversario, por otra parte creía hallarse frente a un hombre de extraordinario mérito. No sabía si dudar de él o rendirse a su valor. Nunca había visto bondad tan serena, esfuerzo tan soberbio al superarse a sí mismo. Aquel hombre tenía una fuerza de atracción tan grande que llegó a sugestionarla.

Y se preguntaba llena de inquietud: «¿Cómo debo comportarme con él? ¿Qué pensará de mí? ¿Soy digna de ocupar su imaginación?... Sí, sí; debo verle y hablarle nuevamente. Estuve incorrecta, grosera con él. Indudablemente posee una bondad incomparable, una seguridad y seguridad en sí mismo que pone de relieve su valor. No sabe mentir, y, sobre todo, ese cariño tan paternal que siente por los niños revela el sentimiento de amor universal que guía sus pensamientos y sus acciones.»

Creía verse juzgada como injusta si no le hablaba de sus errores pasados, de los cuales se hacía culpable en la duda de que la rechazara como una vieja, perteneciente a otro siglo por su plan de educación.

¡Oh, no! Eso lo evitaría yendo a él, en primer lugar por dignidad profesional; por otra parte, porque su juventud, sus sentimientos de mujer, se revelaban llenos de misteriosas e inefables nostalgias.

Contaba veintitrés años y tenía derecho a representar la época en que debía convivir con los hombres y exponerle si era preciso a don Elías la naturaleza de sus sentimientos.

Luego, volviendo atrás, recorriendo todo cuanto desgranaba su pensamiento, se preguntaba, en un deseo loco de acabar con todo aquello que hacía algunos días la atormentaba: «¿Y por qué me preocupa tanto el concepto que pueda formar de mí? Mi admiración obliga a hacerme sufrir de este modo? ¿Qué siento por ese hombre? ¿Admiración? ¿Respeto? ¿Aversión?... No, no... ¡Maldita sociedad que ha llenado de sombras toda

mi existencia hasta el extremo de hacer de mí una mujer cobarde. ¡Ah, por eso, por incapaz y cobarde no seré nunca digna de él!»

Después, dejándose arrastrar por los sueños de su imaginación, lograba entrever la vida íntima de éste junto a la elegida de su corazón, junto a una compañera que recogiera sus fatigas y llenase su existencia de caricias.

Lo había visto como maestro y lo presentaba como a un niño en bondad y como un compañero amantísimo que compartiría todos los reveses de la vida.

Ella, que no sabía nada de amor, empezaba a soñar en él. Dejaba de ser maestra para no sentirse tan lejos de sus sueños.

—¿Seré tan cobarde que dejaré morir en mí las gratas sensaciones que empiezo a experimentar? — estas fueron las últimas palabras que dijo, cuando una niña se acercó a ella toda sofocada diciéndole:

—¡Señorita Matilde, señorita Matilde! ¡La Guardia civil está en el colegio de don Elías!

VII

Existe en el hombre tal grado de sensibilidad, que puede decirse que es ésta la que determina su temperamento. Ahora bien, de éste dependen muchas acciones del ser humano, pero, al decir acciones, no las señalamos todas, buenas ni malas. Inconscientes, dicen muchos. No. En los hombres no hay inconsciencia; ignorancia, sí. Todo lo que existe tiene su razón. Se obra bien o mal por un sentimiento, una costumbre, una debilidad; siempre que se obra mal es por debilidad.

Hay un enemigo mortal que arrastra al hombre, que aparece siempre como un fantasma en el momento decisivo, que contiene todas las cobardías que le hacen luego responsable, algo que se le quiere atribuir el origen de condición natural sin serlo: el miedo.

El instinto de conservación es completamente distinto al miedo. Este tiene la misión de privar al poseedor de todo aquello que le produzca dolor, es decir, previsión a una cosa real vista por la razón de la lógica o de la experiencia. El miedo, por el contrario, es pavor a lo desconocido, a lo imaginario, a lo impropio, a las cosas que no tienen ser.

Parece que está íntimamente unido a nosotros, porque se ve en el niño, es decir, predominar más intensamente en él. El niño rechaza frenéticamente la oscuridad. ¿Por qué? Porque le inculcaron desde el seno ma-

terral hasta abandonar la escuela, los fantasmas, los tormentos del infierno, el temor a la muerte. Y he aquí el tormento que se le presenta a este niño, hombre del mañana. O debe ser un inconsciente, ignorante a sabiendas, perder el equilibrio mental, o vivir en eterna lucha con sus sentimientos y sus acciones. Es decir, su naturaleza y las imposiciones que le grabaron en las entrañas la sociedad y la escuela.

La característica más saliente de las cobardías que llevan en sí el miedo es la tenaz idea del dolor de la muerte. Por eso ese inmenso rebaño que creó la antigua escuela y multiplicó la presente sociedad muere como vive, cobardemente, aceptando en un rincón todos los dogmas y los atentados a la ciencia y a la justicia de los que dominan al mundo.

La muerte carece de sentido si ésta no ha de dar el valor a nuestra vida.

Lo importante, niños míos, ¡saberlo bien!, es vivir hondamente una vida fuerte, feliz, sin vacilaciones, sin miedo. Amando mucho la tierra y toda la vida que se manifiesta en ella. Estudiando para comprender mejor su intensidad y riqueza. Pero la nuestra, nuestra vida, vivirla así, libre, sin cobardías, sin prejuicios, sin aceptar la bondad por egoísmo, esperando que nuestras acciones serán pagadas en la vida del más allá, sino haciendo de ella una condición propia unida a nuestra naturaleza.

Y de no vivir una vida así, ¿para qué se cuenta con la muerte?

Decidme: ¿no creéis vosotros que vivir de esta manera a la que os he pintado es vivir como el gusano bajo la tierra y morir enterrado en ella?

Lo esencial es vivir, y al decirlo esto es daros a entender que vivir es adquirir para después de sentido, entenderlo, vivir conforme a nuestra naturaleza y conocimientos, que la muerte ya se encargará de dar valor a nuestra vida.

Por eso os he dicho siempre que améis sobre todas las cosas a los hombres de ciencia, porque nadie sino la muerte misma ha hecho creer e inmortalizar su obra. Cada hombre que trajo una redención con su invento, o descubrimiento, vivió perseguido, hambriento, calumniado; comúnmente se les llamó locos, y murieron abandonados en el destierro cuando no ejecutados.

Pero estos seres, esos grandes hombres, vivieron sin miedo, sin vacilaciones, sin inconsciencias. Por eso sus vidas y sus obras son ejemplos vivos para la humanidad. Existe también la mano que ejecuta el trabajo, la

realización de la ciencia; humanos que no conocen tampoco el miedo porque han hecho del peligro un oficio. Sólo tienen instinto de conservación, y para éstos, que son los que constituyen el proletariado, igual que para los hombres de ciencia, debéis tener admiración y respeto.

Con todo esto habéis visto bien clara la razón de la igualdad que debe existir entre los hombres. Ahora, cada uno en su cuaderno va a poner las reflexiones que se le ocurran de todo lo que he dicho.

Transcurrieron largos momentos de profundo silencio. Los niños permanecieron todos con la cabeza inclinada, escribiendo; pensativos algunos de ellos, como recordando algún hecho y buscando su origen.

Don Elías continúa en su sitio, apoyado en la mesa sumido en honda meditación. Diríase que está acariciando alguna idea para inundar de luz a los pequeños.

De pronto unos golpes bruscos dados en la puerta les hizo estremecer.

— ¿Don Elías Falcón?

— Yo soy. ¿Qué se les ofrece?

— Tenemos órdenes de detener a usted.

Estas frases, que fueron dichas cuando el profesor se encontraba cerca de los guardias, no fueron notadas por los alumnos, y esto dió lugar a que el aludido replicara:

— Bien. Esperen que termine la clase y en seguida seré con ustedes.

— Son órdenes terminantes — dijo uno de ellos.

— ¿En estos precisos momentos...? — inquirió, indeciso, el maestro, reparando en los alumnos.

— Sí señor. Ahora mismo.

— Comprendan ustedes que el momento es inoportuno y el lugar inconveniente. Saben muy bien que terminado mi trabajo me tendrán a su disposición. Es cruel herir a estas criaturas con un espectáculo tan desagradable.

A esto los guardias contestaron con un encogimiento de hombros como si nada les importaran las razones expuestas.

— Yo les fuego — siguió diciendo el maestro — que esperen a que termine la clase. Me harán un favor que les agradeceré muchísimo. Esperen a que los niños estén fuera.

— Tenemos órdenes severísimas de detenerlo al momento.

— ¡Por los niños! — se atrevió a suplicar don Elías.

— No hay niños que valgan. Dispóngase a seguirnos.

— En fin, sea lo que ustedes quieran — y volviéndose a los niños, en una mirada de piadoso cariño, con voz

un tanto entrecortada les dijo: — Hijos míos, estos señores me reclaman para un asunto urgente. Como quiera que no he de volver hoy, terminad vuestro trabajo, y tú, Pedrito, te encargas de cerrar el colegio.

Este se levantó, tembloroso, mudo, estupefacto, mientras que los demás permanecieron con los ojos desmesuradamente abiertos, sorprendidos por aquel extraño incidente.

Cuando don Elías se disponía a seguir a los guardias, la puerta del colegio se volvió a abrir, apareciendo en ella la joven profesora, que, aparentando una intensísima nervosidad, se dirigió al profesor diciéndole:

— ¿Qué ocurre, don Elías?

— Nada, señorita; que estos señores traen órdenes de detenerme.

— ¿Por qué causa?

— ¡Ah, no lo sé! — respondió con una fría sonrisa el profesor.

— Esto es un atropello que cometen las autoridades. Los lugares donde se practica la enseñanza no deben ser violados por la severa presencia de ustedes — dijo Matilde, dirigiéndose a los guardias.

— Nosotros — respondió uno de ellos — nos limitamos a cumplir nuestro deber.

— Sí, pero mucho más elevado es el nuestro y parece que esto no lo tienen presente las personas que les han mandado venir aquí. Están ustedes delante de unos niños a los que su sola presencia ha infundido terror. No es esta la mejor manera de velar por la educación de la infancia.

— Eso a nosotros nos interesa bien poco.

— Ya lo sé, pero se lo expongo para que lo comuniquen, de mi parte, a quien corresponda.

— Eso sí lo podemos hacer — volvió a decir el guardia. Entonces Matilde se acercó a don Elías y, muy quedamente, le dijo:

— Por lo que pudiera resultar de esta detención, me complazco en participarle que su método de enseñanza ya tiene un nuevo imitador.

— Muchas gracias, señorita Matilde — contestó impresionado él.

— Pero todavía tengo que decirle algo más.

— ¿Qué es ello?

— Que si sale de aquí, acuérdesse que existe una persona que quisiera practicar su enseñanza junto a usted en cualquier lugar donde se encuentre — dijo la joven, ruborizándose profundamente.

— Perfectamente. ¿Me promete que lo hará como lo

dice? — respondió el maestro, aprisionando fuertemente la mano de Matilde.

— Se lo prometo — afirmó, impresionada, ella.

— Le escribiré de donde me hallara comunicándole esto — dijo él, envolviéndola en una mirada que era todo un poema de amor.

Dicho esto, don Elías abandonó el colegio seguido de los guardias, a la par que Matilde le seguía con los ojos cristalizados por las lágrimas y de Pedrito, que procuraba contener el llanto que furtivamente se deslizaba por sus mejillas. Mientras tanto, los demás niños permanecían silenciosos, estupefactos por aquella desagradable escena.

VIII

Se le acusaba de ser el inductor de la revuelta llevada a cabo por los campesinos. Sabían, todos los que se reunieron para acusarle, que los campesinos estaban exentos de la capacidad necesaria para hacer prevalecer un derecho que les inspiraba el trabajo. Creían que éstos, por sí solos, jamás se hubieran levantado en aquella actitud de expropiación. Se habrían concretado, cuando más, a pedir pan, o sea un jornal, pero nunca la tierra, alegando unos derechos que llegaron a constituir el escándalo general por parte de los caciques del pueblo.

Sabían las ideas que sustentaba el maestro, y nadie más que él era el principal responsable de la tragedia habida unos días antes.

¿De dónde había sacado el populacho esa doctrina? Del único capaz de concebirla por su gran capacidad: de don Elías. Por otra parte, tenía el clero, los representantes del Gobierno, los caciques, que vivían ansiosos de devorar la presa. Conocían la enseñanza del maestro, sus ideas subversivas y la aversión que les profesaba. Sabían que en la escuela se buscaba su exterminio, declarando la abolición de todos los poderes; que de ella nacían los futuros rebeldes como una amenaza a la alta sociedad. Que se trataba de un hombre que, para hacerse comprender, usaba de todas las razones científicas y naturales para establecer nuevas creencias y doctrina. Todo con un acento sereno, mesurado, de feliz confianza, que impregnaba sus palabras.

Era un hombre peligroso. Un ser que negaba todo lo existente en la actual sociedad. Y puesto que era un demoledor de todo cuanto representa la vida de la plutocracia, de los que dicen vivir en sociedad, un ser que

AEP - CD 108
BARCELONA

se atrevía a esto tenía que caer bajo las espesas mallas de la ley.

Ahora bien, existe una fórmula de respeto a esa ley. Razón que mantiene la superficie del rebaño y que dice: es necesario un delito para suprimir a un hombre. Es decir, alejarlo por un puñado de años para dar paso a la generación que les respeta, para inmovilizar la ignorancia que los mantiene...

Y cuando ese delito no puede comprobarse en su víctima, es necesario un hecho afín o ajeno a él, pero un motivo suficiente para encararlo ante la ley y aplicarle los rigores del Código.

Ese texto que representa la justicia bárbara, propia de los pueblos primitivos, que desconoce totalmente la palabra civilización y que dice con voz inflexible, como única razón que le lleva a existir: «Es necesario que un hombre pague el delito de su semejante. La vida se paga con la vida. La rebelión, con el tormento. El pensamiento, con la cárcel.»

He ahí la justicia impuesta por los dominadores del pueblo. Un atentado al Poder jamás queda impune. Si no es posible acabar con la masa que lo ejecutó, basta sólo una cabeza, un hombre sobre el cual pueda atribuirse la responsabilidad para aplicarle la ley.

Bajo un castigo ejemplar — dicen — se dominan los ánimos. Es decir, bajo una ley injusta y un hecho bárbaro se siembra el terror y el pueblo baja la cabeza.

Para estos hechos tienen los poderosos a esos hombres aislados, entregados a la humanidad, pero solos, confiados esencialmente al estudio y a su obra. Hombres que, como apóstoles, levantan conciencias a su paso, disipadores de prejuicios, amantes de la justicia que es la igualdad entre los mortales, predicadores de amor... Hombres, en fin, que luchan por constituir una verdadera sociedad; que no se hallan tras la barricada, sino más allá de ella, porque saben que ese hecho lo ejecutará el pueblo y es preciso que tras esto se hallen los hombres que representan la garantía de la nueva sociedad que ha de nacer del hecho revolucionario.

Es mucho más valioso para el Poder eliminar a un sabio que a un infeliz obrero, que siempre está al alcance del fusil de la fuerza pública.

He ahí lo que constituye el progreso, la civilización y la democracia de los pueblos que gimen bajo el poder de cualquier sistema de gobierno.

IX

Llevaba grabadas en la mente las teorías del maestro. Ni un momento le abandonaban las escenas del colegio, aquel colegio que permanecía cerrado como si guardara su tristeza, llorase la ausencia del maestro.

Había pasado dos veces por delante de él, y las visiones reales que se le presentaban de aquella tarde en que le prendieron le arrancaban lágrimas de profundo desconsuelo.

En su alma infantil sentía el dolor del huérfano. Sabía que su maestro era inocente, que le tenían encarcelado bajo la custodia de su padre, que sufriría atrozmente en su encierro por la suerte de sus pequeños, pero en su inocencia no llegaba a comprender bien por qué se hallaba preso.

Percibía que era la imposición de los hombres, y empezaba a sospechar la ferocidad entre ellos, a concebir el eterno drama social.

Su padre aceptaba órdenes; de no ser así, le hubiera dejado en libertad. Sabía que Pedrito, su hijo, le quería como a él mismo. De manera que esas órdenes venían de un superior y un superior a su padre era el poder impuesto. Porque un hombre no es superior a otro — se decía.

Y lo cierto era que había oído a su padre decir que dentro de dos días le sacarían del pueblo para seguir su destino y escuchar su sentencia.

Esta vez fué su padre quien, invitándole a ir a ella, le dijo:

— Pedro, es la hora de la comida.

— Voy, padre — contestó diligente —. Recogeré mi cuaderno para que me lo corrija.

Y diciendo esto ambos se dirigieron al lugar donde se encontraba el preso, llevándole la comida.

Cruzaron las habitaciones de su vivienda, hasta llegar a un pasillo que conducía al patio donde se hallaban instalados los calabozos de aquella vieja prisión. Cuatro celdas separadas una de otra era lo que constituía la cárcel del pueblo. Los muros de piedra de gran altura que circueñan aquel lugar impedían la comunicación con la calle, aunque, por estar las celdas situadas en aquel patio, y por lo tanto asistidas de claridad, más bien conservaba el aspecto de un viejo mesón que lugar penitenciario.

Aquel patio anchuroso tenía dos puertas de penetra-

ción: una, que era la que venía de la vivienda exterior del guardia de la cárcel, y otra que se hallaba cerrada desde no se sabe cuando y que, como todo lo de aquel lugar, era vieja y carcomida. Aquella puerta, reducida y mohosa, estaba situada en el muro que servía de espaldas a la cárcel y tenía como lugar de salida el solitario campo que empezaba a poca distancia del pueblucho.

Cuando Pedrito y su padre penetraron en el interior del patio, vieron como el docto recluso se encontraba junto a la puerta de su celda, que permanecía abierta, a lo que el padre de Pedrito dijo:

— Don Elías, la comida.

El interrogado, que se encontraba distraído, alzó la cabeza y, al encontrarse frente a Pedrito y su padre, dijo al niño:

— ¡Hola, Pedrito! ¿Cómo está eso?

A cuya pregunta el muchacho sacó su cuaderno de escritura y se lo entregó al maestro sin pronunciar palabra alguna.

— Anda muy tristón — dijo el padre —. Siempre se mete por los rincones, bastante preocupado.

— Mal hecho — contestó el maestro —. ¿No sabes, Pedrito, que los hombres han de ser valientes? ¿No recuerdas que os dije en la escuela que el miedo es un fantasma que se debe derribar porque nos hace cobardes?

— Yo no tengo miedo — dijo cabizbajo el chiquillo —. Yo sólo quiero saber por qué lo han encerrado aquí.

— Demasiado quieres saber — interrumpió el padre, instándole a callar.

— No, no. Al contrario. Lo que Pedrito debe hacer es estudiar, como lo hace, investigar todos los ocultos recovecos del saber humano; y hoy será mi caso y mañana el de otro cualquiera el que te dará la pauta para conocer prácticamente el problema social, que es uno de los conocimientos más útiles para la vida del hombre. No olvides nunca que el valor de los hombres está en su obra; que no te arrastren jamás las palabras, que suelen ser el falso espejismo con que se ha sugestionado a los ignorantes, que siempre son los humildes. Te aconsejo que no sigas ninguna religión. De ellas ha nacido y se mantiene el procedimiento injusto del perdón que quiere que amemos a los que atentan contra nuestra vida y que son los eternos propagadores del mal. Ama mucho a la vida, a los hombres de tu igual condición, y al proponerte ser bueno, como yo lo espero de ti, que sea por impulso espontáneo del corazón, nunca por el estúpido e innoble afán de obtener alguna recompensa.

Tiende la mano al desgraciado, pero al hacerlo no le susurres al oído que perdone a quien es y no dejará de ser su enemigo, antes dile: «Levanta, hermano. Ven conmigo hacia el progreso. Unamos nuestras fuerzas para derrumbar esa vetusta pirámide del Poder, y con ello podamos vivir nuestra vida.» Y si ese hermano se perdió por sus flaquezas y te hizo traición, perdónale, pero vigila que su obra no ponga a riesgo el resultado de la tuya. Y si al correr de los años te sientes cansado y débil, pon en juego el tesoro de tu poca o mucha sabiduría y mira que la realización de tu obra no debe ser interrumpida por mera depresión del espíritu. Ten seguridad en ti y responde siempre a quien sea, pues engañarse y hasta negarse a sí mismo es tanto más horrible que morir. Nada más, pequeño. Conserva en tu memoria las advertencias de este pobre maestro rural que te inició una enseñanza tan humana, tan justa y bella como justo y bello ha de ser tu corazón para todos cuantos actos realices en tu vida.

Sabía que de un momento a otro tendría que ser trasladado de lugar y de prisión y que no volvería a ver más a su aventajado discípulo; por eso le habló así, como si se propusiera con tales palabras llevar al conocimiento del niño toda la enseñanza de que se componía aquella última lección.

Al llegar aquí, el viejo carcelero se dispuso a marchar, llevándose consigo a Pedrito, al mismo tiempo que éste, rápido y aprovechando el momento en que su padre volvió las espaldas, sacó por debajo de su blusa un paquete de fiambres que entregó a su profesor.

X

Cerró la noche, envolviéndolo todo en tinieblas. Los hogares, que momentos antes desprendían débiles rayos de luz que se escapaban por las ventanas, se murieron unos tras otros en la oscuridad. Los pacíficos habitantes se retiraban al descanso. El pueblo quedaba sumido en sueño.

Un frío intenso, tan profundo como la noche, se dejaba sentir por todos aquellos lugares. La luna resplandecía como un espejo de plata, como un sueño mágico de virgen soñadora, como un testigo silencioso en aquel triste abandono lleno de luz y de vida.

Los hilos de plata de la luna penetraban hasta el aposento y besaban en el lecho el rostro cansino de los pobres labriegos que dormitaban.

La luna recibe las consultas del niño, que quiere llegar hasta su honda existencia, y las del hombre que piensa y sufre meditando ante ella.

El muchacho no dormía ni un instante desde que se metió en la cama. Esperó impaciente que el reloj de la torre interrumpiera el silencio de la noche al dar sus doce campanadas. Transcurrido este tiempo, abandonó la cama y, medio vestido y descalzo, salió de su habitación.

Sacó de un lugar oculto un poco de manteca y una llave que guardaba entre la almohada.

Con cautela se dirigió de puntillas hacia la habitación de su padre. Miró por la abertura de la puerta, que se hallaba entreabierta, y vió como éste dormía. Entonces caminó, pegado a la pared, hasta llegar al pasillo que conducía al patio. Ya en este lugar, se dirigió a la puerta de la celda que ocupaba el maestro. Levantó la pesada aldaba que la cerraba y la puerta giró sobre sus goznes inundando de luz la celda.

— ¡Pedrito! — exclamó, sorprendido, el que estaba dentro. — ¿Qué es esto?

— Ya lo ve: la libertad — contestó secamente el muchacho.

— Pero...

— No perdamos tiempo, don Elías. Hay que ponerse a salvo.

— ¿Pero por dónde te propones que me escape? — preguntó éste mientras se vestía.

— Termine de vestirse y lo verá.

— ¿Y después...? — inquirió, inquieto, el maestro.

— Después de esto, ganar la frontera, que se halla cerca de aquí. Los contrabandistas bien saben entrar y salir cuando les conviene. Lo mismo y con más razón puede hacer usted.

— ¡Oh! ¡Inaudito! Acción admirable y dignificadora la tuya, hijo mío.

— Al alborazar el día puede encontrarse en territorio francés... Vamos...

Se dirigieron a la vieja puerta que daba al campo. Pedrito sacó la llave, que entregó al maestro, mientras que él se untaba los dedos de manteca, con la que iba engrasando la enmohecida cerradura. Cuando hubo terminado, dijo al maestro:

— Ahora, usted que tiene más fuerza que yo, mire si puede abrir.

El hombre cogió la llave, que introdujo en la cerradura, y lentamente consiguió hacer correr el cerrojo.

La puerta fué cediendo poco a poco y los dos personajes se encontraron prontamente en la calle.

— Le acompañaré hasta ahí cerca — dijo el muchacho, entornando tras sí la puerta.

A la luz opaca de la luna que había sido tapada por una gran nube, caminaron silenciosamente pegados a la pared de aquel edificio. A menudo, se detenían como para interrogarse; pero mudos, sin poder mirarse siquiera. Sólo se daban fuertemente la mano, como expresándose el afecto y la inmensa gratitud que embargaba a ambos corazones.

Así, momentos de infinita zozobra. Momento solemne de intensa inquietud y de eterna demostración de amor. Amor de dos seres que huyen y se ocultan en la noche por el bendito afán de conservar la libertad y sobrevivir en ella.

— ¡Pedrito! — dijo casi besándole el oído —. Anda, vuélvete ya. Nos veremos algún otro día.

Y diciendo esto, le abrazó fuertemente, reteniéndole entre su pecho breves momentos.

— ¿Se acordará de mí, maestro? — preguntó el niño.

— Eternamente. Eres algo, hijo mío, que merece ser llevado en el corazón y en la mente como cosa sagrada que no debemos de prescindir nunca. Sólo la muerte borrará el recuerdo de tu acción y el inmenso afecto que siempre te tuve. ¡Hasta que nos volvamos a ver, hijo mío...!

— Salud, maestro...

Cuando la sombra del hombre se fué perdiendo, el muchacho se dirigió nuevamente al lugar que antes abandonara en compañía de su maestro, y sólo le faltarían unos diez pasos para llegar a la puerta, cuando una detonación formidable se dejó sentir cerca de él.

Pedrito intentó correr hacia la puerta que tenía cercana, pero no pudo. Se llevó una mano al pecho por donde se desangraba. En un supremo esfuerzo de agonia, fué clavando sus débiles dedos sobre la pared por donde en vano procuraba sostenerse; y así, con angustioso trabajo, apenas si pudo llegar a la puerta, en cuyo umbral la infeliz criatura fué doblándose despacio con las manos sobre el pecho, hasta caer desplomado al suelo, donde permaneció inmóvil. Terminaba de morir.

Mientras tanto, unos puntos blancos, horriblemente claros, se destacaron en la oscuridad de la noche. Eran los ojos de dos figuras de hombre que, en la actitud de piedra en que se hallaban, hacían retroceder de espanto. Llevaban el negro ropaje de la noche, la oscura envoltura de la muerte, la negra silueta de las aves que se

alimentan de cadáveres, los buitres... Aquellos puntos horriblemente claros que se clavaban sobre el cadáver de aquel niño valeroso eran los ojos, los dos puntos de mira de la guardia civil.

Un rayo de luna se cruzó entre aquellos dos perros negros y el cuerpo inanimado del niño. Los ojos que cristalizaron y dejaron abiertos el dolor, se clavaron sobre la satánica figura de aquellos perros de presa; y ante la terrible acusación de aquel ser inocente, aquellos despojos de carne podrida retrocedieron asustados.

Se alejaron como dos sombras tenebrosas en la oscuridad de sus conciencias. Sólo el claro de luna quedó allí fijo como holocausto que el astro de la noche ofrecía a aquel ser cuya vida llena de destellos de luz terminaba de apagarse.

Algún tiempo después, la atrayente presencia de la maestra desaparecía de aquel pueblo para emprender un largo viaje hacia el lugar donde se encontraba el hombre que supo escapar de las feroces garras de la justicia, llevándose consigo el corazón de Matilde y la imagen de aquel héroe de 13 años que no olvidaría jamás.

AEP - CDHS
BARCELONA

dolor, de Federico Urales. — 276. *Fango en el oro*, de Dora Farre. — 277. *Desde la creación*, de Valentín Obac. — 278. *La venganza de Pedruco*, de Lázaro Brocal. — 279. *Cara a la vida*, de Federica Montseny. — 280. *El hombre que huía de las mujeres*, de Vicente Roca. — 81. *El Nudo Gordiano*, de José Sanjurjo. — 282. *La hechizada*, de Rafael Peña. — 283. *Cura de amor*, de Federico Urales. — 284. *En la diversidad*, de Fermín Campos. — 285. *La cigarra y la hormiga*, de Angela Graupera. — 286. *El asalto*, de Vicente Ballester. — 287. *Al fondo lleva el lujo*, de Antonio Guardiola. — 288. *Los vencedores*, de Máximo Hamilton. — 289. *Las vidas rotas*, de M. Badía Colomer. — 290. *La virtud sospechosa*, de A. Fernández Escobés. — 291. *La puñalada*, de Federico Urales. — 292. *Julieta*, de María Solá. — 293. *Cartas anónimas*, de Pedro Mas de Valois. — 294. *La rebelión de los ruos*, de Federica Montseny. — 295. *El pañuelo de Trini*, de Lázaro Brocal. — 296. *Una mujer fatal*, de Regina Opisso. — 297. *Espíritus veldes*, de J. Monclús Verdaguer. — 298. *Dos hermanas*, de Mario Pinosa. — 299. *Sor Luz*, de J. M. Sapiña Beltrán. — 300. *El iconoclasta*, de Ramón Fontanillas. — 301. *Alma de inquisidor*, de Angela Graupera. — 302. *Los amores del pistolero*, de Federico Urales. — 303. *¿Cómo se me fuga de la novela*, de Felipe Aláiz. — 304. *Esfuerzo español*, de V. Márquez Sicilia. — 305. *El estigma*, de Manolita Gutiérrez. — 306. *El herrero*, de Valentín Obac. — 307. *Los mendigos*, de Manuel Herrera F. — 308. *Prometeo*, de Andrés Ramos Alvarado. — 309. *La vida puede más*, de A. Fernández Escobés. — 310. *Los peores delincuentes*, de Federico Urales. — 311. *El triunfo de la pobre*, de Alfonso Martínez Rizo. — 312. *Una mujer y dos hombres*, de Federica Montseny. — 313. *Amor de humanidad*, de Joaquín Béjar. — 314. *La ley de los ricos*, de Antonio Guardiola. — 315. *La deseada*, de Federico Urales. — 316. *Escoria social*, de Vicente Ballester. — 317. *El verdugo*, de Angela Graupera. — 318. *El amor*, de Ricardo Baroja. — 319. *Justa venganza*, de José M.^a del Valle. — 320. *Novios a la fuerza*, de Federico Urales. — 321. *La victoria de un pueblo*, de Máximo Hamilton. — 322. *La aprendiz*, de Valentín Obac. — 323. *El día de J. Barthe*. — 324. *¡Hambre!*, de Manuel Herrera. — 325. *La noche del silencio*, de José Reygadas. — 326. *Yo soy su hijo*, de Alonso. — 327. *Ruidos de la ciudad*, de A. Fernández Escobés. — 328. *¿Cuál de los dos?*, de Federico Urales. — 329. *La vocación*, de Angela Graupera. — 330. *Amor y tragedia*, de Miguel Ángel. — 331. *Así es la vida*, de C. M. Marino. — 332. *Aventura de un perseguido político*, de Federico Urales. — 333. *La*